

MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIODICO MENSUAL PINTORESCO.

PRINCIPIOS DE UN ARTE SACRADO.

I.

En el recinto de un tribunal de la ciudad de Estrasburgo, compareció una mañana de 1437 el noble caballero de Maguncia Juan Guttenberg, acompañado de sus operarios inmediatos, que ahora llamaríamos cajistas ó compositores, citado por el decano de los jueces á responder á los graves cargos que contra él formulaban los herederos de sus asociados.

Pálido, macilento, consumido por el trabajo, tomó asiento el hombre extraordinario en el banquillo de los reos, dominando á pesar de su pobre y abatido aspecto á sus mismos juzgadores. ¿Y cómo no suceder así cuando en aquella espaciosa frente que la desgracia ajaba sin abatir, surcadá de profundas arrugas, bullia la inspiracion divina, premio de los elegidos, tan fecunda de amargos sinsabores como rico venero de goces inefables ocultos á la torpe inteligencia comun? ¿Quién fuera lo suficiente dichoso para colocarse á la par del genio que atesoraba un corazon atribulado, doliente, oprimido de angustia, eso sí, pero rico con el sin igual tesoro del arte divino que meditaba trasmitir á las edades futuras, asegurándolas el caudal sin precio

TERCERA SERIE.—1868.

que la ciencia produjo en todos los tiempos? Sabedlo bien, déspotas de la tierra y tú sobre todo, vulgo loco, mas tirano que todos los déspotas, ni vuestros calabozos y persecuciones, ni cuantos insultos y dictorios prodigueis al marcado con el sello de la inteligencia suprema podrán arrebatár á su alma el placer inefable de su propio valer, porque su raiz está en el cielo y sois muy pequeños para elevaros á cortarla.

Dado principio á la sesion jurídica, interrogó el presidente al acusado en la siguiente forma:

—Los hijos de vuestro consocio Andrés Dritzehen, solicitan de vos participacion en el secreto de no sé que invento misterioso que habeis explotado en comun con el difunto; parece que os negais á esta justa demanda y el tribunal no puede menos de acogerla. ¿Qué teneis que replicar?

—Diré, señor, que nunca hice partícipe á ninguno de mis asociados en el descubrimiento de que se trata; formé con ellos compañía para trabajar en obras de maravillosa y nueva industria, como la bisutería, relojería y engaste de piedras preciosas; en este particular he cumplido mis compromisos, dedicando solo las pequeñas utilidades que resultaban á favor mio á llevar á término el gran proyecto cuya propiedad me se quiere arrebatár.

—Sin embargo, será preciso, en justifi-

AÑO XXVI. 1

cacion de vuestra conducta, que reveleis al tribunal las manipulaciones y misterios de ese arte incógnito, para juzgar si pertenece al número de las industrias explotadas en comandita é insertas en el contrato de asociacion.

—Nunca lo haré: ese secreto constituye mi existencia; es mas que mi vida, le respeto como á la palabra de Dios, que dispuso en sus altos juicios comunicar á este indigno pecador un rayo de su divina sabiduría, para que guardado dentro de mi corazon germine con el trabajo y la pena, cual todas las grandes invenciones, hasta que maduro á fuerza de sufrimiento, dé frutos ópimos á la humanidad entera.

—La justicia no puede aceptar las causas de vuestra negativa, y procederá en consecuencia á tomar declaracion á los obreros que os han ayudado.

—Amigos, exclamó Guttenberg dirigiéndose á los compositores, estais oyendo el penoso sacrificio que me se quiere imponer, apelo á vuestra honradez y buena fé para sacarme á salvo de tan apurado lance. Si divulgais nuestro secreto destruiréis en el acto muchos años de angustias y falta-reis á la palabra empeñada; mas por el contrario, negándoos á las pretensiones ambiciosas de unos acusadores injustos, cumplireis como buenos con aplauso de cuantos lo sepan.

—Callad, le interrumpió el presidente, y conteste al interrogatorio el oficial encargado, declarando luego la clase de obras ocultas que se practican en el taller de Juan Guttenberg.

—Señor, contestó levantándose uno de los obreros entrado en años, ninguno de nosotros puede complaceros, pues nos hallamos juramentados con el maestro á guardarle fidelidad, y antes que todo es nuestra conciencia; mucho mas cuando podemos atestiguar la sin razon con que se le persigue.

—¿Y pensais todos de igual manera?

—Ya podeis suponer, en vista de su silencio, que ninguno es capaz de cometer un perjurio.

—Está bien. Entonces, caballero Juan Guttenberg, en vista del silencio en que os encerrais contra las pruebas aducidas por vuestros acusadores, el tribunal os condena á indemnizar á los herederos de Andrés Dritzehen los daños y perjuicios reclamados. Item mas: saldreis desterrado por dos años del territorio de Estrasburgo como desobediente al tribunal é incitador á la rebeldía. De este acuerdo se os dará testimonio y quedará cumplido á las cuarenta y ocho horas contadas desde la presente.

II.

Arruinado á consecuencia de las cantidades que tuvo que aprontar como indemnizacion, considerables en sí mismas, y mucho mas atendido el frágil caudal de Guttenberg, pasó á refugiarse á Maguncia, buscando abrigo al lado de su familia, único puerto que le deparó el destino en medio del piélago de sinsabores en que navegaba sin otra brújula que la brillante luz de su claro entendimiento, mas bien acondicionado hasta entonces, segun la esperiencia demostraba, para ocultarle los escollos con su aparente claridad, que para servirle de faro salvador.

Nuevas humillaciones le aguardaban en aquella ingrata patria. Rechazado por la orgullosa nobleza, entre cuyos individuos se contaba de los primeros, como reo de felonía, sin otra razon que haberse ocupado en trabajos mecánicos, era al mismo tiempo escarnio y burla de la plebe, que recordaba en él un enemigo de su clase, contra quien sostuvo lucha tenaz hasta el punto de ser por ello arrojado del territorio comun en compañía de los patricios mas ilustres. Por otro lado, su aficion á la soledad donde con mayor desahogo encontraba coyuntura de combinar los planes que bullian en su cerebro; el rojizo resplandor que iluminaba las ventanas de su retirado aposento hasta horas muy avanzadas de la noche; lo descuidado de su traje, luenga y descompuesta barba; su rostro y manos ennegrecidas muchas veces por

el contacto de la tinta y los metales, añadido á lo escaso de palabras que se manifestaba siempre, hacíanle aparecer á los ojos de la multitud en aquellos tiempos de superstición é ignorancia, casi como un ser maldito sospechoso de mantener inteligencia con los espíritus infernales.—Ahí vá el nigromántico, el brujo, el escomulgado, gritaban al verle cuando se presentaba en público; echarle fuera, antes que nos ocasione alguna desgracia, y los mas atrevidos le arrojaban piedras y lodo, y las madres corrían á ocultar sus hijos temerosas de la influencia maléfica del inofensivo varón, mientras los dotados de mayor prudencia murmuraban en alta voz contra la punible tolerancia de los magistrados que consentían dentro de los muros hombres de proceder tan indigno,

¡Adorable Providencia eterna, cuyas sabias determinaciones serán siempre un arcano para los miserables mortales, inmenso debe ser el premio que reservas á los apóstoles de la verdad cuando así permites que sufran por hacerla triunfar! Antes faltarán los cielos y la tierra que tu divina palabra, y por ella prometes dichosa bienaventuranza á los que padecen por la justicia, en cuyo número no podrán menos de contarse Guttenberg, renunciando á sus distinguidos blasones á cambio de proporcionar á los desvalidos la lectura de los libros santos; Colon mendigo y burlado como loco, ansioso de un nuevo mundo, donde propagar la fé y creyendo con sencilla grandeza encontrar medio así de rescatar el Santo Sepulcro, y por fin, el rey mártir Luis XVI, que de tan ingeniosos ardides echó mano para propagar el precioso tubérculo llamado con justa razón el pan del pobre, sin cuyo benéfico auxilio no sabemos que sería de las sociedades modernas.

Pasaron al fin los dos años de destierro impuestos al inventor de la imprenta por los jueces de Estrasburgo, y volvió á esta ciudad donde conservaba su taller y fieles ayudantes, cosas entrambas que le fuera difícil organizar en otra parte.

Cierta noche del primer invierno de su

llegada, se vió salir de las puertas de la ciudad una dama cubierta con un manto, sin otra compañía que un criado, y dirigirse á las ruinas del monasterio de San Arbogasto, donde nuestro héroe se había establecido. El camino, aunque no largo, era penoso en extremo, porque nevaba incesantemente y el terreno descendía hasta el Rhin escurridizo y sin vereda.

—¿Quién os mueve, señora, decía el escudero, procurando afirmar el pié y recatar el rostro del frío, á salir á estas horas y con tal tiempo? ¿No podríais contentar vuestro capricho (sea cual fuere, que en eso no me entrometo) á la luz del día con mas comodidad y sin dar lugar á la murmuración?

—Voy á reclamar una deuda, Franz, contestó la interpelada, y si por ventura el demandado padece de olvido, quiero evitarle la vergüenza de un público recuerdo. Además, es negocio que deseo terminar en persona, cosa imposible de conseguir sin adoptar las precauciones que ves. De otro modo mis parientes harían punto de honor acudir en ayuda mia, y es cabalmente lo que procuro no suceda.

—Está bien, señora; ya sabeis que os pertenezco en alma y cuerpo por afecto y agradecimiento; mandad cuanto fuere de vuestro gusto sin temor á réplicas, importunas con dama tan prudente.

—Por ahora solo exijo de ti que llames á la poterna del monasterio y preguntes por el caballero Juan Guttenberg.

—¡Válgame Santa Ursula bendita! ¿Por ese mago condenado habré de preguntar? Eso será tentar á Dios, señora.

—¡Otra vez vuelves con tus observaciones! Aparta y yo haré lo que tú no tienes ánimo.

—A llamar voy, añadió el criado poniéndose delante, é iria á desafiar al diablo en sus mismas cavernas si vos me lo mandáseis, pero echo de menos cierta reliquia tocada á las cabezas de los Santos Reyes, muy eficaz para estos lances, que me regaló un amigo campanero de la catedral de Colonia.

—Guárdala para emplearla mejor y no te detengas un punto.

Así lo hizo el servidor dando en la puerta dos fuertes aldabadas que resonaron en las desiertos claustros como profundos bostezos del ruinoso edificio, interrumpido en su largo sueño. Algun tiempo tardaron en contestar, pero al cabo por entre las rendijas de los envejecidos maderos penetró la claridad de una luz, y poco despues se abrió un postiguillo y asomó un chicuelo su rostro malicioso y burlon, poco menos tiznado que la negra lámpara de hierro con que se alumbraba.

—Seguid adelante, hermanos, dijo, y llegando al tercer arco encontrareis la cuerda de una campana. Tirad de ella y preguntad luego por su reverencia el padre Gerardo, encargado de guarecer á los pordioseros. ¡Pardiez que celebrará vuestra venida, pues como noche de viernes hay escasez de aficionados al miserere y disciplina que se regala en vez de la cena! Si andais ligeros aun os tocará buena tanda de zurriagazos, cosa escelente combinada con el ayuno, para sacudir la pereza.

—No somos lo que piensas, respondió la señora: pasa recado á maese Guttenberg que una dama, antigua conocida suya, desea verle con sumo interés.

—Mala comision, replicó el muchacho haciendo una mueca; es muy formal el maestro para darnos el mal ejemplo de interrumpir su trabajo por recibir damas á media noche.

—¿Segun veo no quieres ganar este florin de plata? añadió la señora mostrándole la moneda.

—Voy corriendo, aunque me valga una buena reprimenda: solo por vos haria este sacrificio.

Desapareció ligero el perillan y volvió de igual modo á descorrer los cerrojos de la poterna y franquear el paso á los forasteros, guiándoles luego por los dilatados tránsitos hasta la pieza donde aguardaba Guttenberg.

Estaba en pié ante la entrada de su obrador, y al acercarse la mujer encubierta

hizo una profunda reverencia en la que se traslucía el antiguo gentilhombre, diciéndole al mismo tiempo:

—Con bien llegueis, misteriosa beldad, pues no dudo lo sereis atendido vuestro porte, á honrar el humilde taller de un artesano: decid pronto en que puedo serviros, aunque sospecho que mi poco valer hará inútil el trabajo que os habeis tomado.

Al decir esto hizo seña al criado la desconocida para que se retirase, descubrió el semblante y acercándose á la luz exclamó con voz conmovida:

—¿Te acuerdas aun de mí? Juan.

—¡Ana de la Puerta! murmuró el artista estendiendo los brazos hácia ella sin atreverse á dar un paso. Mi bien, mi tesoro de amor perdido, el objeto de mi culto despues de la Madre de Dios ¡Huye, desgraciada! Te hallas en un recinto maldito de los hombres: al salir de aquí llevarás contigo nota de afrenta, porque todo lo que me rodea infama al que lo toca y mi presencia manchará el blanco armiño de tu pureza en el concepto de cuantos lo sepan. No te detengas, pues. Hay una salida oculta que yo solo conozco y te dirigiré por ella. Ven, ven; y ruego al cielo no esperimientes nunca el padecimiento que sufro al separarme de tí.

—Cesa, Juan, repuso la dama con resuelto continente. Tu razon sufre y exagera las circunstancias. Vengo determinada á no salir de aquí sino en tu compañía, con el título de esposa tuya, para vivir unidos siempre en la ciudad, en mi casa de *Thiurgasten*. Eres pobre, lo sé, mas yo tengo bienes para los dos: abandona desde ahora ese trabajo continuo que te consume, esa existencia sombría, causa de tus males, y el mundo nos hará justicia.

—Imposible: estoy encargado de una mision grande cual ninguna; he oido la voz del Eterno que me ordena divulgue entre los desgraciados su palabra de amor, de esperanza, de consuelo, y no debo ser ingrato al favor con que me distingue. Acepto las amarguras que lleva consigo, ellas formarán la corona de mi gloria: ani-

mado por el espíritu divino resistiré como el áspero roble la fuerza del huracán que una por una ha desprendido las hojas del corazón, pero jamás admitiré consorcio con la hermosa y débil flor que desea cobijarse bajo mi sombra.

—¡Ilusion engañadora! esas palabras me hacen sospechar que un genio maligno ha trastornado tu juicio. De no ser así ¿cómo pudieras creerte llamado á dar cima á una obra sobrenatural y gloriosa, cuando tus desvelos solo te han proporcionado miseria, oprobio, y por fin el olvido de los deberes mas gratos de cumplir para todo hombre ageno de pasiones innobles? ¿Qué locura te conduce hasta los últimos límites del fanatismo? ¿Pretendes transmutar los metales en oro? ¿Buscas en vano la Panacea universal? ¿O quizá, Dios me perdone la suposición, te has entregado á las cábalas heréticas de la nigromancia?

—¡Tú tambien me calumuias! repuso Guttenberg, y levantando los ojos al cielo, Señor, continuó, si quereis probar mi fortaleza ayudad á vuestro siervo porque me siento vacilar en la ocasion presente! Ana, volvió á decir algo mas tranquilo, escucha lo que á nadie he revelado y comprenderás la importancia de mis intenciones. Diez y nueve años contaba yo cuando ardió en Maguncia la discordia fatal, y vencidos los de mi raza fuimos espulsados sin bienes y fortuna lejos del hogar nativo. Pasó largo tiempo, y calmada la exasperacion de las pasiones, otorgó el partido vencedor un limitado indulto á los vencidos, que rechazé con indignacion haciéndose insoportable la igualdad que la plebe queria imponernos. Entonces mi madre reclamó de la república una corta cantidad mensual para mí, á cuenta de mis bienes confiscados. Los gobernantes desecharon la petición fundados en que mi negativa de volver al suelo patrio era un acto de rebeldía al cual era justo imponer castigo en vez de pensionar. Con esto quedé reducido á vivir tan solo con los recursos que reservadamente me suministraban los míos. Pero diez años de resi-

dencia en Estrasburgo me habian hecho adquirir bastante popularidad, y un dia que el primer magistrado de Maguncia atravesaba el territorio de aquella poblacion, fué aprisionado por mis amigos y encerrado en un castillo, del que no consintieron saliese hasta que se firmó un solemne tratado por el que me se devolvía mi patrimonio.

Con esto pude satisfacer mis gustos literarios, religiosos y artísticos, viajando de pueblo en pueblo para estudiar en ellos los monumentos y visitar los hombres célebres en todas condiciones. Caminaba solo, á pié, con la valija á la espalda, que contenía la ropa necesaria y algunos libros indispensables. Recorrí de este modo las orillas del Rhin, Italia, Suiza, Alemania, Holanda por último; mas no sin objeto como quien deja caminar errante su imaginacion al capricho de sus pasos, sino llevando siempre fija la idea é inmutable la voluntad dirigida por un presentimiento.

Esta idea era propagar con la Biblia el conocimiento de la palabra de Dios en mayor número de almas. Será glorioso para mi descubrimiento haber sido dado al universo por la religion y no por la industria. La fé únicamente es digna de crear el arte propio de toda verdad.

No sabré decirte los medios que combinaba para realizar mi plan. Era un confuso embrion aéreo como un fantástico sueño, pero atiende y verás qué providencia tan sencilla le dió forma y consistencia.

Un dia hallábame en la catedral de Haarlem, donde habia contraído relaciones de amistad con el sacristan Lorenzo Koster. Mi buen amigo, despues de haberme hecho admirar varias obras de arte, presentó á mi vista entre las meñes importantes, una gramática latina, ingeniosamente reproducida por caracteres grabados sobre una lámina de madera, para instruccion de los seminaristas. Al aspecto de aquella plancha grosera un relámpago iluminó la nube que ofuscaba mi entendimiento: la contemplo, la analizo, la des-

compongo, la vuelvo á componer, la modifico, estiendo la tinta sobre ella, la sujeto á una fuerte presion y exclamo delirante á la manera de Arquímedes: *eureka, la encontré*. El sacristan admirado de mi largo silencio ignoraba que asistia á la resolucion del problema meditado hacia diez años en el cerebro de su visitador. Al salir de allí llevaba conmigo un arte sagrado.

Veamos el origen de la preciosa lámina.

El jóven y pobre sacristan estaba enamorado. Paseándose los dias festivos á la orilla de los canales se sentaba bajo los sauces, en cuya corteza se complacia en grabar con un cuchillo puntiagudo la primera letra del nombre de su querida entrelazada con la inicial del suyo propio; inocente símbolo de union tan frecuente para las almas sencillas desde los tiempos de Angélica y Medoro. Una vez habiendo tallado la cifra misteriosa con mas habilidad que de costumbre, no quiso dejarla abandonada, cortó el pedazo de madera verde, y envolvió la obra maestra en un pergamino. Al desdoblarle al dia siguiente para ver sus letras, quedó admirado al contemplar la cifra perfectamente reproducida en la piel por el relieve de los caracteres, á causa de la savia que habia trasporado durante la noche. Esto fué para él una revelacion. Grabó otras letras sobre una tabla mas ancha, reemplazó la savia con un licor negro y obtuvo de este modo la primera plancha de imprenta. Pero no pasó de aquí.

Sin embargo, el principio del arte yace oculto en la sacristía de la catedral de Haarlem y dudaria atribuirme la gloria de su descubrimiento, ó cedérsela á Koster, si en él la invencion no hubiera sido enteramente accidental y en mi espero sea una conquista de la perseverancia y el trabajo.

Al dia siguiente, como un hombre poseedor de un tesoro, que no tiene descanso ni sueño antes de haberle depositado en secreto, abandoné la ciudad, subí las márgenes del Rhin, llegué á Estrasburgo, y encerrado en mi laboratorio fabriqué

yo mismo los útiles necesarios: rompo, bosquejo, desecho para volver á comenzar mis pruebas, y concluyo por ejecutar un ensayo feliz de impresion sobre pergamino con tipos movibles de madera unidos por un hilo.

El entusiasmo del éxito me hizo dormir con pena la noche siguiente y tuve un sueño que turbó mi alma.

Oigo dos voces diferentes: una me dice: «¡Regocíjate, Juan: eres el intérprete que aguardaban las naciones para conversar entre sí! ¡Tú eres inmortal, pues tu descubrimiento va á dar vida perpétua á los genios que morirían sin él, y todos por reconocimiento proclamarán á su vez la inmortalidad de aquel que los inmortaliza.»

Oí la otra voz que decia: «Si, Juan, ¡tú eres inmortal! pero ¿á qué precio? El pensamiento de tus semejantes ¿es siempre bastante puro y bastante santo para que merezca ser entregado á los oídos y á los ojos del género humano? ¿No hay muchos, y acaso el mayor número, que merecerian mil veces ser convertidos en la nada, que respetados y multiplicados en el mundo?

»El hombre es mas bien perverso que sabio y bueno, profanará el bien que le haces, y abusará del nuevo sentido que le creas.»

Me desperté horrorizado y dudoso; vacilé un instante, pero consideré que los dones de Dios, aunque algunas veces sean peligrosos, nunca son malos, y que dar un instrumento mas á la razon y á la noble libertad humana, era abrir un campo mas dilatado á la inteligencia y á la verdad, ambas divinas. Así tranquilizado proseguí la ejecucion de mi descubrimiento.

Desde entonces entregado á mis asociados para los trabajos de otro género, me reservé una celda en el monasterio, siempre cerrada con llave, donde nadie penetraba nunca. En ella meditaba fundir las letras en metal, abria las matrices, inventaba betunes de colores, bruzas para estender la tinta sobre los caracteres, planchas que los contuvieran y objetos de peso

para comprimirlos. En estas alternativas se consumía mi fortuna al par que transcurrian los años sin resultado inmediato.

Ya por fin logré construir una prensa en miniatura, la oculté bajo mi capa y huí con ella á casa de Conrado Saspach, famoso tornero del barrio Mercier. El artista se sonrió al verla, tal era defectuosa y grosera, mas con aquel modelo tuve otra segun mi deseo y comencé á ejecutar las primeras impresiones.

Allí están: pronto el mundo las contemplará lleno de asombro. Unos batirán palmas en honra del nuevo descubrimiento, otros le acogerán con odio, ya lo sé; no sería grande sin persecuciones y elogios: los príncipes, las corporaciones científicas, los muchos interesados en que la ignorancia conserve su dominio, me preparan anchas copas de amargas hieles que apuraré con semblante sereno; pero tampoco la corona inmarcesible de laurel divino que no puede faltarme hará que mi frente se alce con orgullo, porque solo de Dios es la gloria y el hombre nada mas que un grano de polvo entre sus manos. He aquí mi secreto, he aquí mi presente afrentoso, he aquí el porvenir incierto que no debes aceptar, si yo fuese tan ruin que alguna vez llevado de pasión ciega quisiera hacerte mi compañera.

—Con ese propósito firme he llegado á buscarte, y si alguna duda abrigara, tus palabras la hubieran desvanecido, Juan; ¿recelas de mi valor para sufrir los contratiempos? ¿Quiéres que como Porcia trague los carbones encendidos en prueba de fuerza de ánimo?

—Quiero librarte de los azares que yo mismo dudo si podré resistir.

—Piensas con ligereza; en una esposa querida encontrarás un apoyo firme de que ahora careces. Esto será, de grado ó por fuerza.

—¿Qué dices!

—¿Reconoces esta cédula de matrimonio que me otorgaste, señalando para su cumplimiento el día que pudieras regresar á Maguncia?

Al ver el pergamino que Ana levantaba en su mano contestó Guttenberg algo confuso:

—Es cierto; la mentira es indigna de un pecho noble.

—El plazo está cumplido. ¿Te hallas dispuesto á satisfacer como debes?

—Mi honor me lo impide.

—Mañana exhibire este documento ante los tribunales y te obligarán en forma. Dios te guarde.

—Ni halagos ni amenazas han de obligarme á ser cómplice de tu locura.

—He de perseguirte como deudor moroso hasta que me pagues en interés y cariño todo el tiempo que te robas de felicidad y amor.

III.

La reclamación de Ana de la Puerta fué atendida, como no podía menos de serlo segun la ley de aquel tiempo, y el famoso inventor abandonó los claustros de San Arbogasto para habitar en Estrasburgo, acompañado de su esposa, la casa misma donde ahora se halla establecido el Liceo.

En 1446 dejó Guttenberg esta ciudad y en ella los secretos de su arte á Mentel ó Melin, escribano, el que unido con un tal Eckstein, canónigo de la catedral y auxiliados ambos con fondos suministrados por la comunidad de cartujos, se hacen tipógrafos é imprimen una Biblia alemana y otras muchas obras firmadas con la imprenta de Mentel, que hizo una fortuna rápida, mientras el desgraciado Guttenberg arrojado de nuevo por la miseria volvía á entrar fugitivo en Maguncia.

El feliz éxito que había acrecentado la suerte de Mentel, y la rivalidad que existía entre las ciudades independientes de Maguncia y Estrasburgo, favoreció los deseos del primero de sustituir su nombre al de Guttenberg. Lo consiguió tan completamente, que á los pocos años el verdadero artista fué olvidado ó dejado de citar con malicia, y Mentel proclamado en Estrasburgo como inventor del *arte divino* y de las fiestas instituidas en su honor.

Con caracteres de plomo fundidos en matrices de cobre, publicó Schoeffer, nuevo asociado de Guttenberg en union de Fausto, un *Salterio* en 1457, primer libro con fecha, y poco despues la famosa Biblia de Maguncia.

Sea por humildad ú orgullo Guttenberg no firmó nunca sus obras; dejaba ese cuidado á sus compañeros de industria.

Se sabe poco de las primeras impresiones, pero atendido al carácter profundamente religioso del inventor, se cree fueran obras religiosas. Las ediciones posteriores, como los *Salmos* y la citada Biblia latina, impresas en su ciudad natal, vienen á confirmarlo.

Los dos nuevos colaboradores de Guttenberg no tardaron en caer en la tentacion de apropiarse su gloria, y le usurpan todo el mérito y honor del descubrimiento.

Despojado de esta manera le vemos salir de su patria únicamente seguido y consolado por su fiel esposa, que nunca le abandonó en todas sus vicisitudes. Pero ¡ay! pronto le faltó esta compañera leal arrebatada por la muerte, despues de haber visto á todos sus hijos sufrir el mismo destino. Viejo, sin familia, llegó errante á la corte de Adolfo de Nasau, en busca de algun abrigo donde resguardar sus miembros ateridos de frio, á cambio de cualquier servicio que pudiera desempeñar sin mengua.

El generoso duque noticioso de su llegada le hizo llamar á su presencia; oyó sus aventuras, compadeció su desgraciada suerte y comprendió la elevacion de un genio superior en el noble lenguaje de aquel anciano desvalido. No contento con nombrarle miembro del consejo privado le dió el cargo de chambelan, anexo al servicio interior de palacio, para disfrutar así con mayor intimidad el ameno conversar de hombre tan eminente.

Muchas veces Guttenberg afanado en componer por su propia mano las impresiones en que trabajó mientras le duró la existencia, vió entrar al duque de calladas y retirarse silenciosamente, si por acaso

corregía pruebas su noble huésped; mas cuando el estado de la obra daba lugar á prudente distraccion, se consideraba muy honrado en recibir lecciones tipográficas y titularse aprendiz del arte divino á que servia de Mecenas.

Allí murió á los sesenta y nueve años de su vida el sin par bienhechor de sus semejantes, que á fuerza de talento, perseverancia y sinsabores consiguió hacer imposible otra época de barbarie. Ya no hay retroceso para la ciencia: bien sea que la humanidad progrese indefinidamente, segun afirman algunos entendimientos lozanos, ó bien siga en círculo su penoso camino, nunca podrá sumirse en las tinieblas del error. Una luz inestinguible alumbrará su carrera; podrá en ocasiones producir incendios parciales, tal vez deslumbre en lugar de iluminar, siendo para los pueblos resplandor engañoso que les haga perder el buen camino; pero nada importa: la verdad recobrará sus derechos á costa de algunos mártires y no pocos escarmentados, elevándose angusta por cima de los errores, mas apreciada con la nueva enseñanza. Ved á la sociedad moderna heredera de cuantas falsas doctrinas produjo en su vértigo filosófico el siglo anterior, renegar de los ídolos que reverenciaron sus abuelos, gracias al invento del caballero de Maguncia, por cuyo medio fueron puestas á la luz del día las groseras calumnias con que se quiso infamar cuanto de santo y digno ha existido en el cielo y en la tierra. Volved los ojos á nuestra misma época y vereis los mayores absurdos nacer raquíticos, desarrollarse avergonzados, entre la risa ó el desden de la mayor y mas sana parte de las gentes, para morir de inanicion abrigados de algunos espíritus calenturientos. La fuerza pasa, el derecho siempre queda, y gracias á la imprenta recobra sus fueros en breve plazo, aun combatido por el interés de poderosos contrarios.

Tal es la importancia del legado que nos dejó el infeliz, segun el mundo, que á su fallecimiento solo pudo disponer en fa-

vor de su hermana de unos cuantos volúmenes impresos por él en los claustros de San Arbogasto.

El arte de la imprenta se propagó por toda Europa despues de la muerte de su inventor con la celeridad del rayo. La Iglesia acogió desde un principio la parte buena de este adelanto y le patrocinó con su poderosa autoridad: Roma contaba ya una tipografía en 1467.

Un tomo no seria bastante á relatar las alternativas que sufrió el arte de imprimir desde sus principios. Recibidos los operarios con gran distincion en algunos puntos, fueron perseguidos en otros como dañosos á las buenas costumbres. Es verdad que la nueva invencion dió lugar á grandes fraudes: se vendian los impresos como manuscritos á precio muy subido. Así lo hizo Fausto en 1462 con una Biblia; mas temeroso de que se descubriese la superchería se fugó.

Los que compraban libros de mano de estos artífices que se fingian copistas, se admiraban de la igualdad de los ejemplares hasta en las erratas, y esto dió lugar á reclamaciones judiciales en desdoro de los que dieron lugar á ellas.

Mucho se ha disputado sobre cual fué el libro que primero se imprimió. Se quiere adjudicar este honor á uno de versos alemanes que se encuentra en la biblioteca de Munich, impreso á fines de 1434 con caracteres de madera.

César Cantú dice que la Biblia encontrada en la biblioteca Mazarina parece ser el primer libro impreso con tipos movibles; pertenece al año 1450 ó 1452, y con mas seguridad al 1455: algunos ejemplares están en pergamino; la tinta es hermosa y lo mismo los caracteres, aunque no siempre son uniformes.

En 1457 Fausto y Schoeffer imprimieron en pergamino, con caracteres grabados un Salterio de que ya hemos hablado, al fin del cual advertieron, que no se habia escrito con pluma sino por medio de una ingeniosa invencion.

Las primeras impresiones pudieron pa-

sar por manuscritos porque el secreto se guardaba religiosamente, juramentándose los operarios á no revelar cosa alguna.

Concluyamos escribiendo algunas líneas acerca de la Imprenta en nuestra patria.

En 1470 la vemos establecida en Sevilla; en 1480 en Salamanca; en 1486 en Toledo; en Pamplona en 1496, y cuando en 1571 apareció en Méjico el primer libro impreso, ya era la tipografía de uso comun en los dominios españoles.

En tiempo de los Reyes Católicos, antes de terminar el siglo en que la imprenta apareció en Alemania, se daban á la estampa en España multitud de libros, con tal perfeccion que á principios de 1500, bajo los auspicios del cardenal Jimenez de Cisneros, se dió á luz la *Biblia complutense*, obra colosal, monumento insigne que prueba los muy reputados varones que á la sazón existian doctos en letras griegas y latinas, así como en los idiomas orientales. Difícilmente pudiera llevarse á cabo en nuestros dias una obra semejante. El mismo prelado solicitó del archiduque Felipe el Hermoso, con fecha 18 de julio de 1516, permitiese á la comunidad de San Gerónimo de Madrid imprimir la bula de la Santa Cruzada, segun lo efectuaban los monasterios de la misma orden de Valladolid y San Pedro de Toledo, prueba de lo generalizado que se hallaba el arte á la sazón.

Felipe II, buen literato y hombre dotado de grandes conocimientos en artes y ciencias, hizo venir de Salamanca á Madrid á Julio Yunti de Modesti, escelente tipógrafo italiano, le concedió casa de aposento en la Córte con título de impresor de cámara, asistiendo el monarca en varias ocasiones á ver trabajar las prensas de dicho artista.

Tambien Felipe III visitó en Lerma, acompañado de sus hijos, la imprenta que allí tenia el duque del mismo título. En cuyo acto la infanta doña Ana, reina que fué luego de Francia, compuso por sí misma su nombre, tomando los tipos de las cajas segun la indicaban los operarios, que

recibieron de toda la familia real señaladas muestras de aprecio y distincion.

Felipe IV honró igualmente con su presencia la imprenta que el duque de Medina de las Torres tenia en el Buen Retiro, bajo la regencia de Diego Diaz de la Carrera.

A pesar de la notable decadencia del infeliz reinado de Carlos II, quiso este soberano imitar á sus predecesores fomentando el arte de Guttenberg, y al efecto mandó traer matrices de la casa de los famosos Plantinos de Amberes, destinadas á la impresion del Rezo en España, que fueron entregadas á Juan Gomez Morales, diestro fundidor avecinado en Madrid.

Poco adelantó la imprenta en el reinado de Felipe V, aunque hallamos en 1716 privilegio á favor de don José de Torres, organista principal de la Real capilla, para introducir en Madrid la imprenta de música, con exencion de derechos al papel necesario.

Pero el mayor período de grandeza para la imprenta española fué el reinado de Carlos III. En 1763 eximió del servicio militar, no solo á los impresores sino tambien á los fundidores y á los abridores de punzones y matrices, otorgando franquicias á todos los géneros y útiles convenientes al arte.

Huyendo de cuestiones de actualidad nada hablaremos de la imprenta moderna, así como anhelosos de que todos nos entiendan omitimos con pena el juicio artístico de algunas ediciones notabilísimas con que los dos Sanchas, Ibarra y Burgos honraron á la tipografia en nuestro país. Solo diremos, por último que si á los adelantos hechos en la fundicion de caracteres hubiera correspondido por lo comun el progreso entre los impresores propiamente dichos, nada tendríamos que envidiar á las épocas anteriores, donde mucho debemos aprender á vueltas de algunas mejoras indudables. El hecho es cierto por mas que las causas no tengan remedio fácil.

Una ligera observacion y concluyo. Se nos ha entrando por las puertas la moda de los caracteres llamados Elzeviranos,

desiguales, mal perfilados y sin la gallardía de otros muchos conocidos vulgarmente. Creo que deban su boga al nombre de sus inventores, pero es bien seguro que si los Elzeverius de Leida, los Bodonis y otros fundidores de fama alcanzáran nuestros dias, arrinconarian las matrices de que se valieron, cual modelo entonces de perfeccion. Téngase presente que aquella familia de impresores holandeses, inmortalizó su nombre por la hermosura y limpieza de sus ediciones, casi todas en pequeño volumen, sin cuya circunstancia sus tipos nada ofrecen de particular, y no se olvide que lo bueno deja de ser conveniente cuando hay cosa mejor que lo sustituya, y los años por sí solos únicamente aumentan el valor á el fruto de las viñas de Jerez y á las colecciones numismáticas.

DIONISIO CHAULIE.

JUAN CRUZ, EL INDIANO.

Tal es el título de una novela interesante, y sobre la cual no he visto juicio crítico alguno. De su autor me parece oportunísimo hablar antes. Don Zacarías Casaval siguió brillantemente la carrera de leyes en la Universidad Central y de modo de poder fundadamente aspirar á conseguir en el foro la alta reputacion que su señor padre; mas como jóven de su tiempo inclinóse á luchar en la prensa y en la tribuna, y se hizo periodista, y vino de diputado á córtes. Ya ha tenido más de una ocasion de acreditar su carácter independiente y su fé en las doctrinas que sostiene por mejores, ora tirando una vez y otra su destino por la ventana, ora sacudiendo el yugo de jefaturas, á que se rinden otros por debilidad ó por egoismo, sin exceptuar hombres de canas y de antecedentes muy honrosos, á que hacen traicion manifiesta. Si están de baja sus opiniones, eficaz lenitivo halla á su duelo patriótico en el estudio, cuya afi-

cion le domina irresistiblemente; y de ello se verán pruebas muy calificadas un día y otro, no habiendo yo sido extraño á que acometa la empresa magna de juntar materiales para escribir la historia del Real Consejo de Castilla. Ya le absorba la vida política lo mejor del tiempo; ya quede fuera de juego al mismo tiempo que el señor Rios Rosas; ya veranee en Burgos con su familia; ya salga desterrado á Gerona; ya pase al extranjero; ya vuelva á nuestra corte, siempre tiene á los libros por sus amigos predilectos, y entre ellos se le vuelan á menudo los días y las horas nocturnas. Por via de entretenimiento escribió dos veranos atrás en su casa unas *Relaciones históricas y fabulosas* bajo la forma de novelas, y *La Epoca* ha dado una á la estampa en sus folletines, y de ella circuló ya otra edicion aparte.

Su título es *Juan Cruz el indiano*. Sobre ella dice el autor en advertencia puesta al remate:—«Juan Cruz pertenece al género de las fabulosas: fabulosa es la villa de Lago en que se desenvuelve su historia: Juan Cruz, su personaje principal, es fabuloso: doña Isabel de Cilia, Jorge de Francia, el indio Aymara, no han existido tampoco más que en mi pobre fantasía.....» Sin embargo, de verdades toman forma y espíritu las ficciones, cuando un criterio elevado las produce y combina de suerte que interesen al vivo, y resulten amenas, y contengan enseñanza sublime y de trascendencia moral en superior grado. A la falta de educacion en la edad primera, nada suple en la edad madura: lo mal adquirido no proporciona jamás tranquilos goces, y excita á desasosiego continuo: del propio remordimiento interior son víctimas no compadecidas los criminales á todas horas; y al cabo la Providencia los conduce á caer en las manos desapiadadas del verdugo. Tal es la enseñanza contenida en esta relacion fabulosa.

Tanto el arcediano del Angel como el coadjutor del Cármen son personajes no citados por el autor en su advertencia, aunque hacen muy notable figura. Sacerdote

justo era el arcediano, grave, austero y hasta fanático para algunos, porque se mostraba más amigo de penitencias y castigos que de los goces terrenales más honestos; pero de todos modos, si pecaba de exageracion en algunas cosas, su corazon era excelente, y su pecado no más que de ignorancia. Gran partido tenia el coadjutor en la villa por su indulgencia y porque se dejaba llevar de la corriente; y se le reputaba como sacerdote muy piadoso, por lo que procuraba por su iglesia, esto es, por sus rentas. Ambos coincidían en colmar de elogios al indiano, cuya liberalidad celebraban todos, así como su celo por los intereses de la religion y su caridad inagotable. Nacido habia Juan Cruz en la pobreza, y durante su infancia anduvo por los lugares vendiendo bujerías, á causa de ser este el oficio de su padre. En América habia estado mucho tiempo, segun los relatos que hacia en corrillos y que escuchaban todos boquiabiertos y embelesados. Nadie sabia el origen de su fortuna. Generalmente se le miraba como hombre extraordinario, que tenia en su compañía al diablo en persona, esto es, á un piel roja, á un indio, que entraba en la iglesia con escándalo de los devotos y oía misa como cualquier cristiano.

A Lago se fueron á establecer doña Ana y su hija doña Isabel de Cilia desde Mallorca, y muy luego Juan Cruz las hizo visitas y las acompañó hasta en paseo. De doña Isabel de Cilia se enamoró pronto don Jorge de Francia, noble, en la flor de la juventud y de excelentes prendas, pero sin fortuna, y á quien el indiano facilitó dinero, para venir á Madrid á probarla por algun camino. Título de notario habia llevado Juan Cruz al establecerse en la villa de Lago, y como tal ejercia irresistible ascendiente sobre el alcalde Antonio Adaja. No sé por qué no dije antes de ahora que la accion se refiere al año de 1781, y que ya el indiano era cincuenton por entonces. Así y todo inclinóse á doña Isabel de Cilia con gusto de su madre, y todos hablaron de su boda como cercana. En esto don Jor-

ge de Francia volvió de la corte para estar pocos dias en Lago, pues habia obtenido plaza de alférez para asistir á la reconquista de Menorca. Guiado por el indio Aymara enteróse Juan Cruz de que don Jorge subia todas las noches al cuarto de doña Isabel por una escala, y devoradísimo de rabia lo observó una vez y otra, hasta que en el colmo de la furia una noche trepó alevosamente por la escala tendida del balcon á la calle, y á doña Isabel dió muerte á puñaladas. En la calle plantóse de seguida, cuando el jóven Francia acudia á la habitual cita amorosa. Entretanto volaba el indio de órden de su amo á pedir favor al alcalde. Por tan infuca trama aconteció que el inocente don Jorge fué hallado en el cuarto de la desangrada y difunta doña Isabel puñal en mano, y con todas las apariencias de su asesino. Un capítulo excelente dedica el autor bajo el epígrafe de *Justicia humana* á describir cómo don Jorge de Francia murió degollado por el indio Aymara, á consecuencia de haber desaparecido el verdugo.

Tal es, la primera parte de esta novela interesantísima en suma.—Aymara.—Juan el labrador.—Una gota de sangre.—Muerte y entierro de Aymara.—La ciencia.—Tratamiento religioso.—Justicia de Dios.—Así se titulan los capítulos de la parte segunda. Bajo el que lleva epígrafe de *Aymara* se explica la manera infame con que Juan Cruz hizo fortuna. De mayoral estuvo en una mina, donde Aymara era mitayo, y porque la madre de éste no accedió á sus deseos torpes, la dió muerte é hizo que las sospechas del indio recayeran sobre el amo, y aun le aseguró su proteccion y la libertad completa, al excitarle á que le matara con veneno, segun lo puso inmediatamente por obra.—*Juan el labrador* era un amigo de la infancia, á cuya casa vino á parar Juan Cruz de vuelta del Nuevo Mundo y despues de estar en la corte; y cuya felicidad doméstica en el seno de un buen pasar y á fuerza de honroso trabajo forma contraste de grande efecto moral con la agitacion y esterilidad de goces del opu-

lento Indiano.—Sus atroces remordimientos, despues del asesinato de doña Isabel de Cilia y del suplicio de don Jorge de Francia, se pintan de magistral modo bajo el epígrafe de *Una gota de sangre*.—Intranquilo, atormentado, no puede soportar la presencia del indio, y le mata en terrible lucha, y le mete en un saco, y le lleva sobre sus hombros á arrojarle en un lago: nada más tremendamente dramático y pavoroso que la situacion de Juan Cruz en aquella fatídica noche.—Enfermo de cuerpo y de alma recurre á los arbitrios de la ciencia humana y á los auxilios religiosos. Por la ciencia humana sabe que su enfermedad es una pasion de ánimo deprimente, y que las pasiones solo tienen un medicamento preservativo, la educacion, y otro curativo, la higiene: cuando el tiempo de la educacion ha pasado y la violencia de la pasion es incontrastable, para reparar sus tristes efectos no hay más que dos medios, los tribunales y la religion santa: con ella unas veces sana el enfermo, y otras baja á la tumba, pero se salva siempre.—No acudió á los auxilios religiosos con la preparacion oportuna de arrepentimiento profundo, y despues de lograr algun reposo, de lo que se arrepintió del todo fué de haber confesado é instituido á nadie por heredero de su fortuna.—Entonces la *Justicia de Dios* permitió que el cuerpo de Aymara saliera á la superficie del lago; que su criada le denunciara como asesino; y que todos sus crímenes se descubrieran en la causa que se le formó de resultas y que le condujo al cadalso.—Por conclusion pone el señor Casaval lo que finge referido en Avila por un hidalgo de Lago, y de allí se toma este conceptuoso pasaje.—«Cuando ejecutaron á don Jorge de Francia (decia este hidalgo), el pueblo bárbaro celebró la ejecucion como una fiesta, y hasta bailaron los villanos en la pradera; pero ahora, con asombro mio y de otros, ese pueblo mismo presenció en medio de un silencio que aterraba el suplicio de Juan el Indiano. Dos ejecuciones en tan breve espacio de tiempo y con circunstancias tan extraor-

dinarias hirieron profundamente la imaginacion popular; y el espectáculo de Juan el Indiano, del primer personaje de Lago, en el patíbulo, hizo pensar á la vil multitud en algo que está sobre las grandezas de la fortuna. Al cortar la segur de Aymara la cabeza del buen caballero, el pueblo bailaba y se reía de la justicia humana. Al echar el nudo corredizo á la garganta del asesino, y lanzarle al espacio el ejecutor de los castigos públicos, el mismo pueblo decia: ¡Misericordia! ¡Misericordia! Y todos (añadia el hidalgo de Avila) viejos y mozos, se rindieron ante aquella manifestacion de la justicia de Dios. Quince dias estuvo pendiente de la cuerda fatal el cuerpo de Juan el Indiano; y en ese plazo, gentes de todas las clases y de todos los pueblos del señorío acudieron á verle, y algunos fueron todas las mañanas, porque creian que al cabo habia de llevársele el diablo; y se le hubiera llevado, á no estar el patíbulo en forma de cruz. La sala de Alcaldes mandó al fin que se le quitara de la horca, y se separaran la cabeza y las manos del tronco, poniéndolas en una linterna ó jaula de hierro: clavóse esta en el arco de la puerta del Sur, mirando al campo, y allí estuvo muchos años, para ejemplo y terror de todos, frente por frente de la casa del Indiano.»

Lo dicho basta en demostracion irrefragable de que este jóven escritor ya da mucho, y promete más todavía. Desde luego tiene estilo propio y bueno, aunque se adviertan algunos lunares, que la práctica le hará corregir naturalmente y sin necesidad de ajenas lecciones. Además hay en su novela grande unidad de accion y variedad suma de accidentes. A algunos he oido calificarla de muy sóbria. Ciertamente de sus ciento cincuenta páginas escasas se podrian sacar dos ó tres tomos de pliegos duplicados. ¿Pero acaso es ese un defecto? Si no hay confusion ni por asomo, y el interés sube de punto; si están bien delineados los caracteres; si las escenas son vivas é interesantes, más digna es la tal sobriedad de elogio que de censura. No

todos han de escribir por una pauta; fuera de que las prolijidades hasta en todo un Walter Scot suelen producir hastío á las veces. Plácemes sinceros doy á don Zacarías Casaval por el primer libro suyo que llega á mis manos; y deseoso quedo ahora de ocasiones de celebrar más producciones de su pluma.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Debemos á la amistad del señor Pirala, el dar á luz los primeros, la introduccion de una obra de que se ha ocupado con la detencion que puede juzgarse en los siguientes:

ESTUDIOS HISTORICOS.

Si la historia es la maestra de la humanidad, el medio de conocer el fin á que ésta camina en todas sus acciones, el padre que instruye á sus hijos, debe sacrificarlo todo á la verdad, y romper la pluma, antes que guiarla por la lisonja, por la debilidad ó por la pasion. Si es el juicio de los grandes hombres, deben estos responder por santos que sean: la conciencia del género humano es más santa que ellos (1).

Afortuadamente, no vivimos bajo el imperio de aquellos soberanos que obligaban á los escritores á que los deificasen, olvidando que una de las ventajas de la historia es apartarnos del vicio presentándonos su odioso espectáculo (2); y es un freno saludable la infamia que la posteridad imprime á las palabras y acciones criminales (3). Algunos reyes de Egipto abundaban en sentimientos de justicia por el temor de ser odiados despues de su muerte; y hoy no podemos decir de los príncipes lo que Tácito decia de aquellos que, esterminando los libros, esperaban ahogar en las llamas la voz del pueblo, la libertad

(1) Lamartine.

(2) Inde fædum exitu quod vites. Tit. Liv.

(3) Utque etc. Tácito.

del Senado y la conciencia del género humano (1); disfrutamos de suficiente libertad para pensar lo que se quiere, y expresar lo que se siente: no de otra manera cumpliría la historia su misión y desenvolvería en la humanidad el germen de todo lo grande y sublime, generalizando lo más bello, lo más noble, lo más santo que en el terreno moral y político pueda presentarse; así también se enaltece el sentimiento religioso, se odia el mal, y en la lucha que tiene con el bien nos ponemos de parte de éste, porque disipadas las tinieblas del error ante los sublimes resplandores de la verdad, se robustece nuestro juicio y adquiere mayores luces para juzgar de nuestras acciones, por la costumbre que adquirimos de juzgar á los demás. Así, pues, sería vergonzoso desnaturalizar la historia, dejándose llevar de la pasión ó del afecto, y sin convenir con Luciano en que el historiador no debe tener rey, patria, creencias, amigos, ni recibir leyes más que de sí mismo, si bien quiera con esto demostrar su independencia más que su insensibilidad, independientes eran los autores sagrados, y á pesar de tener rey, patria, creencias y amigos, no ocultaron las culpas de David, los vicios de Salomón, ni la negativa de San Pedro. Ninguno de los maestros de la historia, ni Cicerón, ni el mismo Luciano, han podido hacer tan completa abstracción de todos los sentimientos cívicos.

Cuando se rinde el debido tributo á la verdad, y se tiene la conciencia de lo que se hace, no hay temor de que se estravíe la mente y sea guiada la pluma por la parcialidad, y no se incurre en el defecto que critica Juvenal por alabar la elocuencia de un necio, la belleza de un monstruo y el vigor de un enfermo, comparando á éste último con Hércules, que ahoga á Anteo suspendiéndole (2).—La verdad histórica,

acaba de decir Napoleón (1), debería ser tan sagrada como la religión, porque si los preceptos de la fé elevan nuestra alma sobre los intereses de este mundo, las enseñanzas de la historia nos inspiran á su vez el amor de lo bello y de lo justo, el aborrecimiento á cuanto impide los progresos de la humanidad. Amo la verdad para decirlo como el pintor la naturaleza para producirla.

Pero no se presenta la verdad escribiendo los hechos como se les ha creído, sino como han sido, porque no es máxima histórica la establecida por algunos de que solo es necesario averiguar la razón de la exactitud de los hechos y consignarlos así, á menos que no choquen con el sentido común: esto podrá ser muy cómodo, pero es faltar al principal deber del historiador: sería imitar á uno del siglo XVII que, habiendo alterado la verdad en la narración de un hecho, decía: «no importa, el hecho no es mejor que como yo le he narrado.» Otro, Vertot, iba á describir un sitio famoso, tardaron mucho en llegar á sus manos las memorias que esperaba, y entonces, mitad con lo poco que sabía y mitad con su imaginación, redactó su obra, en la que descende á pormenores tan interesantes como si fuesen verdaderos; más llegan las memorias y esclama: «Me contrarian, pero mi sitio está hecho.»

Después de la mentira el mayor defecto de una obra histórica es llenarla de minuciosidades (2), porque la historia consiste en cosas grandes y dignas de memoria (3) en asuntos siempre bellos y agradables (4), siempre útiles (5), pues en todo lo que no es ciencias físicas, solo merece el nombre de útil lo que ayuda á conocernos á nosotros mismos y á conocer á los demás hombres, con los que cada uno tenemos tantas relaciones.

Y esto no se consigue narrando única-

(1) *Scilicet illo igno vocem populi, etc., etc.*
(2) *Quid quod adulandi gens prudentissima laudat*
Sermonem indocti, faciem deformis amici;
Et Congum invalidi collum cervicibus æquat
Herculis Antæum prosul á tellure tenentis!

(1) Historia de J. César
(2) Platon.
(3) *In rebus magnis, memoriaque dignis.*
(4) Denys d'Halicarnaso.
(5) Daunon.

mente los hechos, sino juzgándolos, reflexionando sobre ellos, si bien con sobriedad y precision como Tácito. Algunos escritores se declararon contra tales juicios y reflexiones; pero hoy ya no es cuestionable este punto, y todos buscan la opinion del escritor que al narrar los acontecimientos tiene que estudiar sus causas y consecuencias, consignando al propio tiempo las deducciones lógicas que constituyen su conviccion, esponiendo honradamente la verdad, sin perder de vista que, de sus palabras y de sus juicios se formará el proceso de su conciencia, que fallará la humanidad entera. Se puede errar por ignorancia, pero seria un crimen hacerlo con intencion.

Debo confesar que nada me ha preocupado tanto como el estudio de los Alfonsos y de su época; mi mayor satisfaccion seria haber comprendido los unos y la otra. Si no lo he logrado no ha sido por falta de poner los medios, ni de constantes y asiduas investigaciones en numerosos archivos, que es donde aun se halla nuestra historia, á pesar del lamentable estado de algunos. Reducida esta, como ha dicho el historiador de nuestra literatura (1), al retiro de los monasterios y basílicas, á los breves é incompletos apuntes de los cartularios, necrologios, leccionarios, calendarios y santorales, solo pudieron ser consignados de una manera tan incoherente como fortuita, ora los grandes desastres, ora los prodigiosos triunfos de las armas cristianas, dejando así á la posteridad claros testimonios de la tribulacion é inquietud en que se habia vivido durante los primeros dias de la reconquista. De aquí el desesperante laconismo de los cronicones, la confusion cronológica y la incoherencia de tantos hechos.

Ya contando los años primero y último de un reinado emergentes y diminutos y los demás enteros, ya siguiendo en los do-

cumentos unas veces la era del César, otras la de Cristo, ó bien la de la Encarnacion, muchas el año usual, algunas el 25 de diciembre, y no pocas el emergente, se cuentan así por años períodos de pocos meses, y ha sido esto causa de lamentables errores, que ni están desvanecidos, ni creo puedan estarlo en mucho tiempo. Y como si tal confusion no fuera bastante, hay escrituras que cuentan los años de los sucesos desde el dia en que estos se verificaron. Si á lo dicho se agregan documentos falsos y no pocas fábulas, se comprenderá el trabajo que se necesita para aproximarse á la verdad, trabajo cuya narracion debe omitirse, haciendo con él lo que con los andamios que, no obstante la industria y gastos empleados en ellos para levantar un edificio, son destruidos cuando la obra está rematada.

La influencia de nuestro siglo, gráficamente llamado del vapor y de la electricidad, se advierte de una manera tan palpable en las obras del espíritu, que apenas hay quien sufra, sin aburrirse, por grande que sea su ánsia de saber, la lectura de largas y frias disertaciones cronológicas, útiles, sin duda al erudito, pero molestas á la generalidad del público, que busca en la narracion viva, filosófica, sóbria y pintoresca de los hechos, la verdadera expresion de la existencia social de los pueblos. La vida material tiene que retratarse en la intelectual; y los pueblos como el individuo, viven hoy más que antes en menos tiempo, y la historia para ser fiel, ha de reflejar este movimiento, que es el que constituye el carácter propio del siglo: condicion venturosa, porque el espíritu humano en sus épocas más felices ha mostrado una actividad maravillosa.

Por esto he creído inconvenientes ciertas esplicaciones que á lo sumo probarian que he procurado, con más ó menos criterio, y no poco trabajo, apurar la verdad, para ofrecer hechos verdaderos, dignos de consignarse, poderlos examinar y juzgar, comprender sus defectos y sentir sus bellezas, cosa mucho más difícil.

(1) Amador de los Rios.

Así podremos imitar al viajero tímido ó sabio que, habiendo de internarse en países remotos, consulta las relaciones de los que los han recorrido, no para seguir sus huellas, sino para aprovechar sus observaciones y aun sus errores (1).

Si la decadencia de los godos permitió la invasion sarracena, la decadencia de los romanos había consentido la irrupcion de las tribus septentrionales, que de Ataulfo á Rodrigo, por espacio de tres siglos, reinaron en España.

Hasta el reinado de Eurico no hubo más que una guerra continua; afirmóse en su tiempo el imperio gótico, llegó al apogeo de su grandeza, y aunque la paz no fué constante, como no podía serlo con aquellas gentes belicosas, Eurico, que supo conquistar la corona del héroe, adquirió la gloria del legislador en la que le siguió Leovigildo, quien creó instituciones que han durado hasta nuestros días; el primero que adoptó y se presentó en público con las insignias usadas aun por los reyes de España, el *manto*, el *etro* y la *corona*; el primero también que ocupó el *trono*; voces antes usadas en sentido figurado, y desde entonces verdaderos emblemas del poder real.

Es asombroso que aquellos llamados bárbaros y feroces invasores, que llevaban la desolacion por todas partes, levantaran magníficos y robustos imperios, fundaran la nacionalidad española, declarando como culto de Estado el que hoy subsiste, dieran leyes veneradas y admiradas aun, celebraran aquellos concilios, base de nuestras cortes, en los que cada día se descubren nuevos tesoros de sabiduría, y hallando una sociedad desmoronada, pero hija de la mas gloriosa del mundo, efectuaron una de esas revoluciones profundas que Dios dirige para el progreso de la humanidad: que siempre la Providencia se vale de ins-

trumentos pequeños ó desconocidos para fines grandes.

Roma civilizó al mundo pero le esclavizó y le corrompió, y merced á esta corrupcion pudieron los bárbaros del Norte acabar con el viejo imperio iniciando otras sociedades basadas en principios regeneradores, y aprovechando lo bueno que encontraron en la sociedad que se hundia.

«Traian los godos consigo el sentimiento de la dignidad personal, de la libertad individual, del horror á la esclavitud, de la frugalidad y la templanza, del respeto á la mujer, de la fidelidad conyugal, y de la compasion al desgraciado (1), y con tales elementos no era difícil triunfar de la corrupcion y desenfreno en que habia caído la sociedad romana.

Faltaba, sin embargo, á tan grande obra, la fusion entre la raza conquistada y los conquistadores, y aunque el establecimiento del cristianismo que avanzó como en Roma desde el pueblo al trono, fué un gran paso para la reconciliacion, y la esclavitud se convirtió en servidumbre, y se abolió el derecho que sobre la vida y el honor de los esclavos tenían los antiguos señores romanos, y Recesvinto permitió los matrimonios entre las dos razas, no llegó á completarse la union tan ansiada por los dominadores, aunque en muchas ocasiones se confundieron, pero siempre se hablaba de godos y romanos (2).

(1) Lafuente, Historia de España.

(2) «La fusion de las razas goda y romana, á pesar de la ley de Recesvinto, autorizando los matrimonios antes prohibidos entre sus individuos, no llegó á realizarse durante el imperio de los godos, y aun despues de su destruccion, tardó bastante. ¿No lo están indicando los documentos de los primeros siglos de la reconquista, en que se halla la distancia, de *gotus et romanus*? Si la fusion de las razas era un hecho, ¿á qué llamar en el reino de Leon á los pueblos sometidos á toda clase de tributos *populi romanorum*? Si no existia con distincion la raza conquistadora, ¿á qué hacer mencion de la conquista? Si los hispano-romanos y los indigenas se hubiesen amalgamado con los godos; si no los hubiese separado un abismo, como sucede casi siempre entre vencidos y vencedores, el imperio de los godos, no hubiese sucumbido.

(1) Daunon.



LA VIRGEN DEL ROSARIO

MUSEO DE FAMILIAS Nº 1